



IN MEMORIAM

En otros tiempos, la visita a nuestro Cementerio era un paseo grato y placentero, disfrutando de la amena compañía de los álamos que la sombreaban.

¿Cuántos eran? Nunca me he fijado en ello, pero eran los suficientes para que los que se llegaban hasta el Camposanto no sufriesen de soledad ni de calor en la canícula. Eran los guías que indicaban el sendero; sus hitos o señales. Y discretísimos, corteses y diplomáticos, no osaban enterarse del objeto de la visita, sino que respetaban el dolor callado o sollozante de los vivos que recordaban a sus muertos. Ellos quedaban al final del camino tranquilos, callados, pacientes y esperanzados: habían confiado al visitante a los cuidados de los hermanos cipreses, que, compañeros de las almas y guías expertos por los vericuetos interiores, les servían de cicerones durante su visita. Acabada ésta, se volvía al trillado sendero, donde les esperaban pacientes los olmos peregrinos y éstos les hacían compañía y sombra de nuevo, les obsequiaban con su oxígeno y sus

efluvios de salud, hasta que el sendero se transformaba en acera y la sombra cambiante y revoltosa se hacía geométrica con ángulos y aristas. Atrás quedaban los cipreses altos, enhiestos, estirados, vigilantes, para ver quién de ellos oteaba el próximo cortejo funerario o la enlutada mujer con un rosario entre sus dedos. Nunca se ha oído referir que los viejos álamos dejaran de acompañar a ninguno de los visitantes del sendero, ni que interrumpiesen con ninguna impertinencia las oraciones sencillas y monótonas ¿Hay mayor discreción? Y a nadie negaron su sombra, su oxígeno, su compañía "sin distinción de edad, sexo, raza, religión, opinión, estado o cualquier otra condición" como rezará nuestra Constitución.

Quiero figurarme la ilusionada plantación, como complemento de la instauración del Cementerio. Fueron cuidados por expertos, pues no presentaban mutilaciones. Se repondrían con cuidado las fallas y los valientes álamos respondieron como si enten-